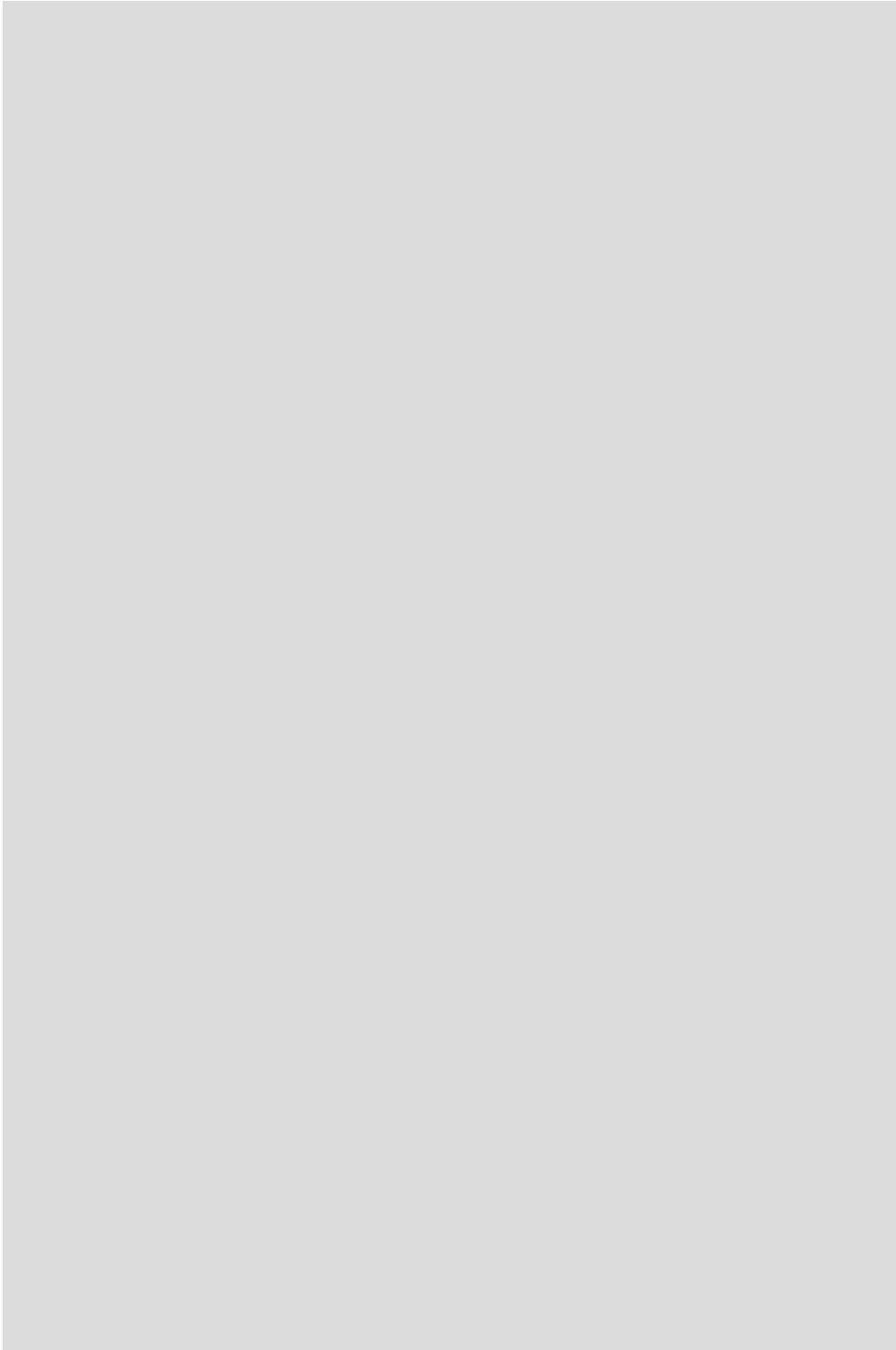


Utopías

Ich Selbst



## Capítulo 1

La calma de los árboles. Así lo llamaba cuando seguía viva. Solía sentarse a la sombra de un viejo laurel en mi casa, a veces con un libro, a veces a mi lado. Apenas su espalda sentía el duro tronco, su mirada se volvía otra. Las hojas escribían con ella alguna historia que yo nunca pude conocer, y al poco se quedaba dormida.

Muchas veces, viéndola desde una de las bancas de piedra, pensaba que ella misma había echado raíces entre el pasto, y que de ese día en adelante habría que llevarle la comida a su lecho, que nos miraría a todos con dulzura, como disculpándose, mientras tomaba entre sus manos las pequeñas flores que empezaban a surgir de su vestido blando. Entonces nos obsequiaría una o dos, como pidiendo que así le permitiéramos seguir en su sitio, por lo menos un día más.

No conocí nunca a su familia. O por lo menos fue así hasta que un día una pequeña niña, de no más de 13 años, se me acercó por la calle, diciendo quedito mi nombre, como un hechizo hecho sin querer, para hacer que me congelara en mi sitio. Para usted, por favor, alcanzó a decir y ahora creo escuchar en su voz la voz de ella, la misma pausa, el mismo corazón entregado en cada sílaba. Apenas alcancé a notar sus pecas, el rojizo cabello de tarde, iluminado por un sol rojo y cansado, cuando se había dado vuelta y corría hacia otro rumbo, quizá para perderse entre la gente o las plantas.

El trazo tranquilo pero inexperto me desveló que era su hija. Las formas ondulantes eran tan distintas y sin embargo tan suyas, como si en la herencia de las almas se hubiera transmutado y entre la tinta ninguna de las dos alcanzara a contener el flujo de quienes eran. Matilde había muerto, me decía la damita, y acaso, si me era posible, le gustaría la viera por última vez.

Cuántas veces, me pregunto desde entonces, mi voz, desde dentro, me ha repetido las mismas palabras. Matilde ha muerto, me digo, como si la sentencia no acabara de cumplirse, como si hubiera todavía la posibilidad de que saliera al patio y allí estuviera ella, simple como siempre, con el lazo rojo en el cabello, esperando para poder unirse al mundo de nuevo. Pero no, Matilde ha muerto, y las cosas y las palabras y las ironías de una hija que entierra a su madre no logran cambiarlo.

Quizá ahora está entre las raíces, riendo la vida, escuchando las mismas aves que la arrullaban cuando me visitaba. Quizá, pienso, mientras los ojos vivos y tranquilos de su hija arrullan al clima, olvidan las tempestades, duermen tranquilos entre la yerba bajo mi árbol.